

selas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y prontos para acabar con las contiendas religiosas que seguian conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habían cundido maravillosamente por casi todos los paises de Europa, á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicacion de sus atenciones y negocios le habia obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

CAPITULO XXVI.

MUERTE DE LUTERO.

CONCILIO DE TRENTO: GUERRA DE RELIGION.

De 1541 á 1547.

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martín Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Decisiones de Carlos V. contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederacion de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situacion de Carlos V. en Ratisbona.—Reunion del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heroica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersion de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuracion en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Carlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y

las distracciones del turco en Asia un período de reposo á que no estaba acostumbrado, quiso aprovechar aquella coyuntura para obrar en la cuestion religiosa y contra los protestantes del imperio (negocio en verdad el mas grave y trascendental de aquel siglo) con una energía que pudiera enmendar los yerros de su lenidad y de sus condescendencias anteriores.

En efecto, desde las concesiones que Cárlos se creyó precisado á hacer á los protestantes en la Dieta de Ratisbona (1541), era de préver el ánimo que cobrarían los príncipes y los partidarios de la reforma, que eran ya muchos y poderosos. La necesidad que de sus auxilios tuvieron él y su hermano don Fernando para la defensa de Hungría (1542), les daba nueva fuerza y aliento. La protesta de los reformadores contra la reunion del concilio que el papa habia convocado en Trento para noviembre de aquel año, manifestaba la descarada oposicion de los protestantes, y la confianza que les inspiraba la necesidad que de ellos tenian Cárlos y Fernando; y el desaire que el pontífice y la Iglesia sufrieron, teniendo que prorogar el concilio por falta de asistencia de prelados, fué un golpe fatal que envalentonó á los enemigos del poder pontificio. Nuevas concesiones del emperador y su hermano aumentaron su osadía, y una imprudencia del duque de Brunswick, fogoso y arrebatado católico, dió ocasion á los confederados de Smalkalde para hacer con buen éxito un ensayo de su

valor y de sus fuerzas materiales. Asi se atrevieron luego á negarse á reconocer la jurisdiccion de la cámara imperial (1543), mientras no se les dieran seguridades respecto al ejercicio y prácticas de sus nuevas doctrinas.

Los auxilios que el emperador les pidió y ellos le otorgaron en la dieta de Spira (1544) para la guerra contra la Francia, y los debates públicos que en Alemania se les permitía tener sobre la cuestion religiosa, les daban á ellos tanta audacia como enojo al pontífice Paulo, que veia vilipendiada su autoridad, y no bien parada tampoco la del César. Por tanto, y por ser la necesidad de todos reconocida la celebracion de un concilio general para atajar los crecientes progresos de la reforma y dar unidad y sosiego á la Iglesia, tan luego como se firmó la paz de Crespy, espidió el papa nueva bula convocatoria (19 de noviembre, 1544), para el concilio que habia de reunirse en Trento el cuarto domingo de cuaresma del año siguiente. El emperador, que era el que mas deseaba el concilio, mandó á todos los prelados de sus dominios que procurasen no faltar el dia prefijado. Mas como en aquel tiempo estuviese congregada la dieta del imperio en Worms, presidida por Fernando á nombre del emperador su hermano, á quien el mal de la gota tenia detenido en Bruselas (1545), vióse desde luego en ella la resistencia de los protestantes á reconocer el concilio, y á someterse al fallo de una

asamblea convocada por el papa, no ya para discutir las controversias religiosas, sino para juzgarlas definitivamente. Reclamaban que se les conservasen las concesiones y derechos que se les habian otorgado en la última dieta, y hasta que esto se hiciese se negaban á prestar al emperador y su hermano los auxilios que les pedian para hacer la guerra al turco en union con el rey de Francia, con arreglo al tratado de Crespy.

Poco adelantó Cárlos con presentarse en Worms apenas estuvo un tanto restablecido, pues si bien para disimular sus miras y entretener con alguna esperanza á los protestantes señaló para principios del año próximo una dieta en Ratisbona á fin de terminar las contiendas la persecucion que habia desplegado ya contra los luteranos en Flandes, la proteccion que dispensaba al cabildo de Colonia contra el arzobispo que queria introducir la reforma en su diócesis, la prohibicion de predicar que hizo á los propagadores de la nueva doctrina en la misma ciudad de Worms, y sobre todo, la embajada que supieron haber enviado á Constantinopla proponiendo al Gran Turco la paz como para quedar desembarazado de toda otra atencion, los convencieron de que estaba resuelto á obrar con rigor y á constituirse en esterminador del luteranismo. La muerte del duque de Orleans les hizo esperar que se renovarían tal vez las disidencias entre el emperador y el rey de Francia, pero no fué asi, como hemos visto. Creyeron tambien que la in-

vestidura que el papa se atrevió á dar en aquel tiempo á su hijo Pedro Luis de los ducados de Parma y de Plasencia, desmembrando asi el patrimonio de la Iglesia, indispondria y enojaria á Cárlos con el pontífice; mas tambien en esto se vieron defraudadas sus esperanzas. Porque, si bien Cárlos reprobó aquel rasgo de despotismo y de arbitrariedad y rehusó confirmar la investidura, el emperador y el papa estaban dispuestos á sacrificar sus resentimientos á trueque de poderse dedicar á la estincion de las doctrinas reformistas y de las sectas religiosas, que uno y otro miraban como el negocio de mayor importancia.

En tal estado se hizo la apertura del concilio de Trento (13 de diciembre, 1545), diferida por aquella causa desde el principio hasta el fin del año, bajo la presidencia de los legados del papa, que eran tres cardenales y tres obispos, sin que en aquella sesion se hiciera otra cosa que declarar hallarse reunido el concilio en nombre del Espíritu Santo, para gloria de Dios, estirpacion de las heregías, reforma del clero y pueblo cristiano, y humillacion de los enemigos de la Iglesia. Para la segunda sesion (7 de enero, 1546), hubo ya muy graves debates sobre el orden en que se habian de tratar las materias y someterse al examen y deliberacion del concilio.

El emperador y los mas de los obispos querian que se comenzara por tratar de la reforma de los abusos y de las costumbres antes que de lo relativo

al dogma y á la fé, así por quitar á los hereges el pretesto con que se habian separado de la comunión católica, como porque de ese modo los decretos sobre la fé saldrían mas autorizados y serían mas respetados por los pueblos. Oponíanse á esto los legados presidentes con arreglo á las instrucciones que tenían del pontífice, alegando que debían ser primero las decisiones en asuntos de fé, porque la condenación de los errores contrarios era el objeto principal del concilio. Como un término medio y de conciliación entre estos dos pareceres, se propuso otro tercero, á saber, que en todas las sesiones se hablase primero del dogma, y despues de la reforma, y este fué el que prevaleció y se usó.

Luego que los protestantes supieron la apertura del concilio, publicaron un estenso manifiesto protestando contra la reunion y esponiendo las causas que los determinaban á no reconocerla como legitima. Conocían el riesgo que sus doctrinas corrían de ser solemnemente condenadas; veían que el emperador estaba resuelto á hacer respetar con las armas las decisiones de aquella asamblea; para acordar los medios de conjurar el peligro se reunieron en Francfort los confederados de Smalkalde; pero faltaba á los reformistas la union necesaria para resistir con fruto. Cruzábanse entre ellos encontrados intereses; hacíanse unos á otros inculpaciones; los dos mas poderosos gefes de la liga, el elector de Sajonia

y el landgrave de Hesse, andaban desacordes. El landgrave, el mas impetuoso de todos y de mas empuje, sostenía sin embargo que su única salvación era obtener el patrocinio de los reyes de Francia ó Inglaterra, ó confederarse con los cantones protestantes de Suiza. Mientras el elector, fánatico luterano, se oponía abiertamente á hacer alianzas ni recibir auxilios de ningun príncipe ni estado que profesara doctrinas ó principios que no fuesen los suyos, los del mas puro luteranismo, y rechazaba con tenacidad toda protección de parte de quien no se ajustara en todos los puntos á sus creencias.

Hallándose en tal estado las cosas, sufrieron los protestantes un golpe mortal. El iniciador de aquella revolución religiosa, el primer predicador de la doctrina reformista, el famoso Martin Lutero, atacado de una fuerte inflamación en las vísceras, murió en pocos dias y casi de repente en Eysleben (18 de febrero, 1546), próximamente al tiempo que los padres del concilio de Trento acababan de formular el símbolo y profesion de fé, tal como la habían fijado los sínodos de Nicea y Constantinopla y se cantaba en las iglesias, en la cual quedaba virtualmente condenada la doctrina luterana, y todas las demas sectas y heregías que de ella habían nacido ⁽¹⁾. Lutero tenía entonces sesenta y tres años. «Nunca ningun hombre, dice un historiador protestante, fué pintado con tan

(1) Concilio Tridentino, Sesión 3.ª, 4 de febrero, 1546.

contrarios colores: los juicios de su siglo sobre su carácter tocaron los extremos.»

Sin embargo, por mucho que los escritores protestantes de aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar las prendas del gran reformador alemán, y por descubrir en el profesor de Wittemberg algunas cualidades eminentes, no han logrado probar que tuviese ni el talento privilegiado del innovador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á Lutero una capacidad activa, y una regular instruccion en las materias religiosas que entonces se controvertian, estaba lejos de ser ni un sabio ni un genio. Sus obras revelan mejor la altura que en punto á saber que los apasionados elogios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al mal gusto de su siglo. No era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posicion y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. Denunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su predicacion era á propósito para hacerle popular, y las imprudencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba, pero tenia la firmeza y la audacia del reformador, á tal punto, que sus mas adictos escritores se ven obligados á confesar que «la confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su

»valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su celo por confundir á sus adversarios en un furor que se exhalaba en injurias groseras (1).» Y en efecto, Lutero en sus últimos años parecia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de urbanidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel, y cada uno de sus escritos era una coleccion de insolentes burlas y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuerzan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo de que dicen adolecian por lo comun los escritores de aquel tiempo (2). Y sin embargo, este hombre inició una de las revoluciones religiosas y políticas mas graves que ha

(1) Robertson, Hist. de Carlos V., lib. VIII.

(2) No sabemos cómo pueden disculparse insultos como el siguiente, y otros semejantes que pudiéramos citar. En el último libro que escribió contra la autoridad pontificia, dibujó con su propia mano la figura de un papa con el traje pontifical y con dos enormes orejas de asno: en derredor pintó como en actitud de estar en concclave diferentes diablos con mitras presentando al papa los atributos de su poder, mientras otros le arrastraban con cuerdas al infierno.

Como prueba de su desmedida soberbia y presuncion, citaremos solo la siguiente arrogante cláusula de su testamento: «Conocido soy en el cielo, en la tierra y en el infierno, y tengo la suficiente autoridad para que se me crea á mi solo, cuando Dios por su paternal

»misericordia me ha llamado, aunque miserable pecador del Evangelio de su Hijo, de modo, que muchos en el mundo le han recibido por mí, y me han reconocido por doctor de la verdad, despreciado el odio del papa, del César, de los reyes, principes y sacerdotes, como quien dice, de todos los demonios. ¿Por qué, pues, no ha de bastar para esta disposicion y en cosa tan pequeña (el testamento) el testimonio de mi mano, y el poderse decir: «Esto escribió el señor Martin Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio? *Notus sum in caelo, in terra et in inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem, habeo, etc.*»

De la moralidad y de la continencia religiosa del fraile agustino, daban testimonio vivo los muchos hijos que dejó de su muger la monja Catalina Bore.

experimentado la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influencia desmedida en Alemania, donde nada se hacía sin consultar ó contar con Martin Lutero; hizo bambolear el antiguo y venerable poder de los papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos, y á presenciar en vida la adopción de sus doctrinas por una gran parte de Europa.

La noticia de la muerte de Lutero alegró, como era natural, á los católicos tanto como desalentó á los protestantes, y más en ocasión que el concilio de Trento, aumentado con bastante número de prelados, en su sesión cuarta (8 de abril), señalaba por reglas de la fé los libros del Nuevo y Viejo Testamento, reconocidos por canónicos, la tradición transmitida y conservada desde los apóstoles, la versión de las Sagradas Escrituras conocida con el título de Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo explica la Iglesia, único juez competente en materia de fé, con lo cual quedaban destruidos los fundamentos de la doctrina de Lutero. Al mismo tiempo el papa profería sentencia de excomunión y privación de todas sus dignidades eclesiásticas contra el arzobispo de Colonia, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, por protector de la heregía luterana. Y por otra parte, el emperador, que hasta entonces había muy astutamente adormecido á los protestantes disimulando sus intenciones, libre ya de los cuidados del turco por una tregua de

cinco años que había logrado ajustar con la Puerta Otomana, y movido además por el pontífice, pensaba ya en combatir con las armas la heregía, fiado también en los elementos de desunión de los príncipes protestantes del cuerpo germánico.

Y sin embargo, todavía en la dieta imperial que por aquel tiempo se celebraba en Ratisbona, y á cuya ciudad se trasladó Carlos desde Flandes, trató de encubrir sus verdaderos designios aparentando gran respeto á las decisiones de la asamblea en punto á las contiendas religiosas, y preguntando en un artificioso discurso qué medios convendría emplear para restablecer la unión en las iglesias de Alemania. Cuando el emperador hizo esta consulta, ya sabía cuál había de ser el dictámen de la mayoría de la dieta, que era de católicos, habiéndose abstenido de asistir por temor muchos protestantes. Así fué, que el único medio que le propuso la mayoría fué que se reconociese el concilio de Trento como la autoridad competente para resolver en todos los puntos y cuestiones religiosas que los dividían, y que se obligara á todos á obedecer sus decretos como reguladores infalibles de la fé. Contra este dictámen presentaron los reformistas una memoria, pidiendo nuevamente que se sometiesen las disputas á un concilio nacional que se hubiera de celebrar en Alemania con igual número de prelados de ambos partidos. No solamente desatendió Carlos, como era ya de suponer, esta pro-

puesta, sino que despachó un cardenal á Roma para concertarse con el papa, y continuó haciendo sus preparativos de guerra, lo uno y lo otro no tan secretamente que al aperebirse de ello los protestantes no le preguntáran directamente sobre el objeto y fin de aquellas disposiciones bélicas. La contestacion del emperador fué que levantaba tropas para asegurar la tranquilidad del imperio y hacer justicia castigando algunos rebeldes; mas aunque añadió que el que quisiese ser su amigo y leal servidor, no tenía por qué temer, antes sería protegido, la respuesta se hizo harto sospechosa á los diputados protestantes de la dieta, y saliendo de Ratisbona se retiraron á sus casas.

Poco abajo le costó al comisario imperial conseguir que el pontífice y el emperador se aliáran para una guerra que ambos deseaban. El emperador se comprometió á poner en campaña un ejército suficiente para hacer que todos reconocieran el concilio y volvieran á la iglesia católica y á la obediencia á la Santa Sede, y á no transigir con los reformistas sin conocimiento del papa ni en perjuicio de su autoridad. Paulo III se obligó por su parte á poner y mantener á su costa por seis meses doce mil infantes y quinientos caballos, á conceder por un año al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizándole además para vender de los bienes de las comunidades religiosas de este reino hasta el va-

lor de quinientos mil escudos ⁽¹⁾, á depositar en el banco de Venecia una cantidad para los gastos de la campaña, y á emplear las armas espirituales contra cualquier príncipe que intentára oponerse á este convenio. Pero asi como el papa tenia gusto y mostraba interés en hacer público el objeto de la alianza y de los aprestos militares, hasta espedir bula de indulgencia á favor de los que tomáran parte en la guerra contra los hereges, asi el emperador continuaba asegurando y protestando que el objeto de la guerra no era de modo alguno religioso, sino político, y afirmábalo de tal manera que todavía le creyeron algunos protestantes, y los hubo que estuvieron dispuestos á prestarle su auxilio.

Los que no lo creían, que eran los ⁽²⁾ se reunieron en Ulm para tratar decididamente los medios de resistir con las armas la guerra imperial y pontificia con que se veían amenazados. Sucesivamente invocaron la proteccion de Venecia, de Suiza, de Enrique de Inglaterra y de Francisco de Francia, procurando interesar á cada cual con razones de conveniencia análogas á su respectiva posicion, pero nada

(1) Produjo esto una gran polémica en España sobre si el emperador podia por si y en virtud del breve pontificio tomar á las iglesias y monasterios lo que les habian donado sus antecesores. Opusieron á ello principalmente los abades de San Benito y San Bernardo, y de tal manera esforzaron los monges sus argumentos, que parece no se atrevió el emperador á llevar adelante la venta. Esta cuestion, que databa va del año 1537, se reprodujo en 1544, y continuó despues de Carlos V., haciendo el hijo lo que parece no se habia resuelto á hacer el padre. Véase Sandoval, lib. XXVI, párrafo 34.